

taron à la Ciudad de Reate, rodeo de pocas leguas, que eligieron acafo, para hazer con mas comodidad sus jornadas; si yà no fuè como lo tengo por mas cierto, disposicion del Glorioso Patriarca, que estava noticioso en espíritu de este siguiente suceso.

Estando en esta Ciudad se encontró el Santo con Angelo Tancredo Soldado de profesion, y que avia gastado la mejor parte de la vida en la peligrosa liberrad de la campaña con mucha distraccion, y pocas medras. Puso en èl los ojos, y hablandole por su nombre, sin averle antes visto, ni tratado, le dixo: Hasta quando Angelo seguiràs la guerra, en cuyo exercicio qualquiera peligro es cierto; qualquiera gloria vanifima? Què has sacado de las campañas, que sea mas que el cansancio del peso de las armas, y las cicatrices de las heridas? Hasta quando buscaràs para vna sola vida tanto linage de muertes, como ofrece en su trance vna batalla? Hasta quando prodigo de tu salud feriaràs la vida de el cuerpo al idolo de la vanidad, con riesgo de perder el alma? Si puedes hazer agradable sacrificio à Dios de tu alma, y cuerpo en las aras de la penitencia, baltallando con tus pasiones, con menos peligro, y mas provecho, porquè no lo hazes? Yà es tiempo, que dexes estas armas, que ceñiste para la perdicion, y vistas, las que te importan para el remedio. Serà tu caçaca yà vn faco vil, pobre, y despreciado; tu talabarte vna grossera cuerda de cañamo, tu espada vna Cruz, tus espuelas, y botas la defcalcez, para que mas ligero corras en seguimiento de Christo. Dexa las armas, y figueme. Cosa maravillosa! Hallòse Angelo de repente interiormente mudado, y tan abiertos los ojos à la luz hermosa de el desen-

gaño, que sin replicar vna sola palabra, se fuè en seguimiento del Santo, y sus compañeros. El dia siguiente se desnudò el habito militar, y dexò las armas, y vistió con admiracion de todo el Pueblo el Habito penitente. Ponderavan con pasmo, los que bien le conocian, ver de vn dia para otro vna mudança tan notable, y con los encogimientos de humilde, à quien vieron tantas vezes, no sin escandalo, con los despejos licenciosos de Soldado. Con estas prestezas sabe obrar la eficacia, y actividad de la gracia, à quien acomodò la discrecion mistica las calidades del rayo, cuyos efectos son tan prestos como admirables. Cò vna palabra sacò Christo à Mateo de los peligros del Telonio; con otra sacò Francisco à Angelo de las vanidades del mundo. Quiso el Señor, que su fiervo fuesse en todo su semejante, y participòle sus poderes para convertir almas, aviendo destinado honrarle con las señales de la Redempcion. Este Fr. Angelo fue el duodezimo de los compañeros, de quien no hizo mencion en este viage San Buenaventura en su leyenda; contando solos aquellos, que salieron de Afsis para Roma, que eran onze. Acabò Dios el numero, no sin misterio, para que no se echasse nada menos en vn Colegio, que avia de ser todo Apostolico.

#### CAPITULO XXXIII.

*Prosigue el Santo su viage à Roma; revelale el Señor el buen despacho de su pretension, con cuya noticia alienta à sus Discipulos, y de lo que le sucedió en las primeras vistas con el Pontifice.*

Salieron de Reate gozofos con el nuevo compañero los siervos de Dios en profecucion de su camino.

Aco-

Acometiòlos el demonio con tentacion de desconfiança, en confidraçion, de que su empresa era muy dificultosa, aunque justificada, porque sabian muy bien, que segun el humor del mundo, ni la justificacion, ni el merito pueden arribar, sin los arimos del poder. Empeçaron, pues, à rezelarse de el suceso, viendose tan pobres, y desvalidos, y siendo tan propria, y tan connatural al desvalimiento la desconfiança. Reconociò Francisco esta flaqueza de fè en los suyos, y causòle algun desconfuelo, pero recurriendo à la Oracion pidió al Señor con instancias, que los confortasse. Quedòse en raptò, y en èl tuvo vna vision, que le diò clara inteligencia de que veria el buen logro de sus deseos. Viò vn arbol de superior grandeza, y singular hermosura, en la pomposa amenidad de sus dilatadas ramas, y elevada copa, veia copiosa variedad de frutos, cuya belleza era incentivo al deseo, lisonja al apetito. Miravale con ansias de gustar, y tocar su dulçura, y el arbol con ademan apacible favorecia sus deseos inclinando blandamente sus ramas, y franqueandole sus frutos. Diòle el Señor à entender con esto, por ilustracion divina, que aquel arbol symbolizava al Sumo Pontifice, que inclinado à sus ruegos favoreceria su pretension, con abundancia de gracias, y condescenderia à sus humildes suplicas. Con esta inteligencia reconvino à sus Discipulos de sus temores; reprehendiò la flaqueza de su fè, y reforçòlos en la esperança de la intentada empresa. Quedaron confusos con la reprehension, pero muy alentados con el feliz pronostico profiguieron su camino.

Llegaron à Roma, donde encontraron al Obispo de Afsis, llamado Guido, antiguo, y cordial devoto de el Santo Fundador. Turbòse el Obis-

Parte I.

po à la primera vista, rezeloso de que desamparavan la Ciudad de Afsis, y le faltassen à su viña tan sollicitos obreros. Cessaron sus rezelos con la relacion, que el Santo le hizo de sus designios; aprobòlos, y ofreciòse à su promocion, y buen despacho, con todo el empeño que le fuesse posible. Introduxole con vn Cardenal intimo amigo suyo, llamado Juan de San Pablo, de la Ilustre Familia de los Columnas, ò Colomas, à quien el Papa Celestino Tercero avia promovido al Capelo con el Titulo de Santa Aquila, y Santa Prisca, Varon en nobleza, letras, y virtudes exclarecido. Estava yà este Principe noticioso de la penitente, y exemplarissima vida de Francisco, por los buenos informes de el Obispo su amigo; alegròse mucho con su presençia, y examinò con cauteloso disimulo las calidades de su espíritu; y hallandole en todo tan ajustado à la sequela de Christo, y sus Apostoles, le alentò mucho diziendo; que con toda buena diligencia interpondria su autoridad, y fuerça, para que tuviesse buen efecto su pretension. Quedò muy edificado, dando gracias à Dios, de que en figlo tan extragado, y corrompido con la disolucion de los vicios, dispertasse su providencia à vn hombre, que renovasse con su vida, y exemplo aquellas primeras huellas de perfeccion Evangelica, que avian casi de el todo borrado la relaxacion, la ingratitud, y el olvido. Fuè para San Francisco de singular consuelo ver su determinacion apoyada, con la aprobacion, y votos de dos Varones en dignidad, virtud, y letras tan eminentes.

Con esta nueva confiança, y con los alientos, que continuamente le ministrava el impulso de espíritu, resolviò dar calor à las diligencias: fuesse al Palacio, y à pesar de los encogimien-

I

tos



tos, que son tan connaturales à la virtud: solicitò quien le introduxesse en sus salones à esperar oportunidad para pedir audiencia. Estava à esta sazón el Sumo Pontifice en vn mirador, ò galeria defahogando con la diversion de la vista la opresion de el animo, gravado con el inmenso peso de continuos negocios. Parecióle al Sãto ser aquella soledad la mas oportuna para entablar su pretension, y determinòse à entrar, y postrarse à sus sagrados pies, y hazer su suplica. Miròle el Pontifice con enfado, estrañando (como referia despues) la novedad del trage, lo contentible de la persona, y sin querer darle audiencia le despidió con desprecio. Saliòse de su presencia con humildad, y profundo silencio, haziendo como buen pretendiente nuevo merito de la paciencia, para conseguir su buen despacho. No le diò turbacion, ni susto à Francisco este hazaroso principio, porque en los mayores embaraços reforçava con mas vigor sus propósitos, y con el peso de las dificultades alentava mas los buelos de su esperanza, con mucha fe, y seguridad de que en causas que tocan à la piedad, y adelantamiento de la virtud empiezan à obrar los medios divinos, quando mas de el todo faltan los humanos. Así sucedió en este lance, pues viniendo à carearse con sus Discipulos, los hallò en vn Hospital de leprosos, cerca de San Juan de Letran. Los saludò con gran serenidad de animo, sin darles parte de su repulsa por no entrarlos en la desconfiança, de que aun estaban mal conualescidos à persuasiones de su fervor, y luzes de su espiritu.

Entròse el Santo en la Oracion à poner en manos de Dios el expediente de vn negocio, que era todo suyo; y su Magestad oyò sus clamores dandole al Pontifice aquella

noche en sueños el aviso de su beneplacito con esta vision mysteriosa. Viò que entre sus pies nacia vna pequeña palma, que creciendo presurosa, y dilatandose en hermosos bastagos en breve tiempo subió à ser tan descollada, eminente, y tan rica de fazonados frutos, que era no solo objeto delicioso de la vista, y el gusto, sino tambien de la admiracion. Deseava saber el significado de aquel enigma, y ilustrado con luzes de el Cielo conociò ser aquella pequeña palma, aquel humilde pobre, à quien la tarde antes avia despedido con desprecio, y la quien destinava para empresas gloriosas. Despertò por la mañana cuyadoso, y dando à los sirvientes las señas mandò que le buscassen, y traxessen à su presencia. Hallaronle fácilmente; era preciso que le hallassen buscado con las señas de la humildad, y pobreza.

Llegò Francisco à la deseada presencia de el Supremo Pastor, y postròse à besarle el pie con fe fervorosa, y humilde rendimiento. Admitióle con benigno semblante el Padre Vniversal, miròle con singular agrado, hablòle con afabilidad, quitandole la desconfiança, y encogimiento, que pudo averle dado el pasado ceño. Alentado con tales favores le puso en sus bienaventuradas manos la Regla, informando de todo su contenido con palabras sencillas, pero muy discretas, y tan eficaces, que le robaron las atenciones, y afectos. Reparò mucho en la modestia de sus ojos, en la medida de sus palabras, y en la mortificacion, que respiravan todas sus acciones, señas ciertas de la candidez de su alma, y de la pureza de su corazón. Inclínòse mucho à favorecerle, viendo, que aunque desvalido para el mundo, traia poderosas recomen-

da-

daciones de el Cielo. Diòle la bendicion, y con ella buenas esperanças, con que le despidió consolado, y contento. No le diò entonces la aprobacion, porque algunos de los Cardenales, que se hallaron presentes se les hizo muy dura, y de el todo impracticable la estremada pobreza, que en comun, y en particular prescrivia en la Regla, y no quiso tomar resolucion en punto de tanto peso, y importancia, sin que primero se hiziesse de el prudente conferencia. Esta sola, y no otra alguna fuè la causa, de que por entonces se dilataste la confirmacion, como lo sienten vni-formemente el Serafico Doctor San Buenaventura, y San Antonino de Florencia. Los Compañeros de San Francisco, que se hallaron presentes, y escribieron despues la vida de el Santo; todas las Chronicas antiguas; testigos todos de mayor excepcion, y autoridad irrefragable. Dezir que hubo otra, es imaginacion de Abraham Bjovio, cuya destemplança en casi todas las cosas, que de la Religion Serafica tocò en sus Annales, convence, que algun humor melancolico, ò viciado afecto tenia lesa su fantasia. Aplicaron para la curacion de este achaque reparos, y remedios muy eficaces, la Nitela Franciscana, Matheo Ferchio, y otros, de que huviera sanado Bjovio con evidencia.

\*\*\*



Parte I.

## CAPITULO XXXIV.

*Conferencia de los Cardenales en presencia del Pontifice sobre el punto de la pobreza en comun, y en particular, y vna vision maravillosa, que tuvo el Papa para favorecer, y aprobar la Regla.*

**N**Egocio de tanta importancia, en que avia de interesar tantas glorias la Vniversal Iglesia, como era la fundacion de el Orden Serafico, pedia apoyarse con muchas seguridades para que se perpetuasse su firmeza. Estava el Sumo Pontifice Inocencio Tercero muy deseoso de dar buen cobro à la pretension de Francisco; tal era el subido concepto, que avia hecho de sus virtudes; y tales eran las instancias de su interior movido de divinos impulsos. Podia por si solo determinar la materia, y no quiso tomar resolucion sin conferencia solemne de los Cardenales; para que con mas exaccion, y madurez se determinasse punto de tanta monta, y consecuencia. Quiso tambien, que el siervo de Dios se hallasse presente en la Junta, para que si necessario fuesse, con su informe se hiziesse mas capaces de la materia. Empeçòse la conferencia, y parecióle à la mayor parte de la Junta cosa impracticable la pobreza en comun, y en particular en vna Familia, que podia ser muy copiosa, aunque al presente era tan corta, y limitada. No les pareció conveniente, y aun les parecia imposible, que tantos hombres desnudos de toda posesion, y propiedad viviessen à expensas de la piedad agena en siglos, que estava la caridad tan tibia, y tan sin alientos la devocion.

12

H4